

# Continuidades y rupturas en los procesos identitarios de la península de California

*Rosa Elba Rodríguez Tomp*  
*Universidad Autónoma de Baja California Sur*

## Las identidades como problema metodológico

Al enfrentarme al reto de explicar las diferentes formas que adoptó la cultura de los habitantes nativos de la península de California desde que tomaron contacto con sus conquistadores, y lo que he llamado los límites de las identidades culturales que ahí se manifestaron, me he topado con una dificultad principal, que se origina en la carencia de fuentes de información que, de manera directa, reflejen los cambios en la existencia de los indígenas sometidos a procesos de dominación, así como la trascendencia de sus respuestas a la imposición de formas de vida totalmente desvinculadas del medio ambiente. Como es bien sabido, los indígenas de la Antigua California no produjeron documentos, es decir, su sentir con respecto a las transformaciones que experimentaron nos ha llegado sólo como un pálido reflejo en los informes, cartas y otros testimonios que hablan de ellos. Para lograr un trabajo interesante y original, que además tuviera las características de rigor y plausibilidad propias de un documento académico, he adoptado varias estrategias que me han permitido trazar un panorama general de las particularidades de las distintas poblaciones humanas que ocuparon la región de mi interés; todas ellas referidas a la estrecha relación que existe entre la cultura de cualquier sociedad y el medio en el que ésta se desarrolla.

En el presente texto habré de exponer los principales apoyos teóricos que utilicé para emprender la difícil tarea de trazar un esbozo de las identidades indígenas en confrontación con las de los extranjeros que entraron en contacto con ellas. Esto nos lleva a un problema común a las ciencias sociales, que consiste en que en las disciplinas históricamente reconocidas como tales el acto creativo de generación de conocimiento, al mismo tiempo que debe ser público y confiable, no implica necesariamente su recurrencia por un periodo dilatado, como sucede a menudo con las ciencias naturales. Los científicos sociales, contrariamente a los que se dedican a las ciencias naturales, tratan con procesos en los que no pueden ejercer control sobre el gran número de variables que determinan su ocurrencia. Es por ello que las herramientas analíticas y conceptuales disponibles para las disciplinas sociales tienen que ser explicitadas y justificadas lo más ampliamente posible, para que las explicaciones detalladas resulten, además de lógicas y aplicables al fenómeno estudiado, de algún interés y aplicabilidad para la comprensión de otros procesos similares.

Es preciso dejar en claro que, así como las relaciones entre la humanidad y la naturaleza son históricas, también lo es la percepción y la interpretación de estas relaciones por cada una de las sociedades enfrentadas al medio para su subsistencia. Es por ello que considero posible la reconstrucción de las identidades referida a los espacios habitados por los indios californios y por los operarios del sistema misional, cuyas manifestaciones fueron tan diferentes precisamente por

el hecho de que, tal como afirma Juan Martínez Alier (1993:19-48), la historia ecológica no se puede hacer separadamente de la historia de las ideas sobre la naturaleza.

Antes de pasar a reflexionar en torno a la identidad indígena, que es la categoría analítica central de mi investigación, me parece necesario dejar sentadas algunas de las principales características que le han sido atribuidas al concepto general de identidad. No pretendo dar definiciones, sino establecer, a través del análisis de diferentes autores que han bordado en torno al concepto, algunos de sus rasgos más generalizados. En primer lugar habrá que aclarar que la forma en la que se ha trabajado la idea tiene su referente más común en el concepto de representación colectiva tal y como fue elaborado por Emil Durkheim (2000). Para este teórico la categoría traduce contenidos de conciencia provenientes de la experiencia colectiva de la sociedad. Se trata de entender la forma en que las sociedades conciben, definen y construyen una particular versión de lo que debe ser un ser humano: seres colectivos facultados para desempeñarse eficientemente dentro de las redes sociales y simbólicas propias de los distintos mundos culturales que habitan. En ese sentido, habremos de ser conscientes de que para cualquier comunidad la identidad siempre está en constante reelaboración, en otras palabras, cualquier alusión a esa categoría tiene que estar referida a un proceso y no a una esencia atemporal. Por otro lado, es muy importante tomar en cuenta que todo proceso de identidad es ideológico y gira en torno a símbolos y su circulación. Por ello es siempre posible establecer en los grupos humanos analizados con base en su identidad las pautas de la interacción, en cuya configuración intervienen procesos ideacionales altamente variables, no sólo entre las culturas, sino también a través del proceso histórico de una misma cultura. La naturaleza de los procesos responde a situaciones y relaciones concretas que se van modificando en la medida en que van cambiando los intereses, negociaciones y alianzas que se establecen en las relaciones sociales. Una de las características más interesantes de los procesos identitarios es que al analizar los elementos de ese juego simbólico es posible desentrañar el uso y reproducción de símbolos que, articulados, constituyen estereotipos; éstos, a su vez, pueden ser considerados por un observador externo como una especie de marcas de identidad. Por otro lado, el investigador puede encontrar que existen muchos elementos en el discurso que no se corresponden con lo que pudiera captarse a partir de la observación, es decir, que la identidad es un proceso tanto de dicho como de hecho, aunque estos aspectos no siempre sean coincidentes. La manera como Darcy Ribeiro (Bartolomé 1997:48) explica esta situación es a partir del aserto de que las identidades son categorías de relación entre grupos humanos, compuestas más de representaciones recíprocas y de lealtades morales que de especificidades culturales o raciales. La capacidad convocatoria de la identidad se deriva precisamente de ese contenido afectivo, que surge de la participación en un universo moral, ético y de representaciones comunes, que la hace comportarse como una lealtad primordial totalizadora.

## **La identidad étnica en la historia de México**

Para entender la supervivencia de múltiples identidades étnicas durante todo el proceso de conquista y colonización de los territorios que más tarde conformarían la nación mexicana, así como su subsistencia hasta el presente, es necesario volver a la reflexión teórica sobre el significado del concepto identidad y contrastarlo con las particularidades que puede presentar en el caso de los indios de México. Sabemos ya que en el proceso de construcción del sentido que involucra la identidad se pone énfasis siempre en un atributo cultural o un conjunto relacionado de atributos culturales, a los que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido. Esta circunstancia nos pone en el predicamento de reconocer, para cada grupo estudiado, las razones

por las cuales se establecen esas prioridades en la construcción. A partir de lo dicho hasta aquí, es necesario hacer una aclaración con respecto a las identidades colectivas. A pesar de que la identidad es un proceso que se explica como una construcción individual, al hablar de identidades colectivas, no podemos considerarlas solamente como agregados simples de las que se manifiestan en los individuos, porque las colectividades son totalidades diferentes de los individuos que las componen y en cuanto tales obedecen a procesos y mecanismos específicos; esto quiere decir que las identidades colectivas son diferentes, pero no independientes de las de los individuos que las sustentan. Existe, según Gilberto Giménez, una relación dialéctica entre la identidad personal y la colectiva, aunque hay que tener en cuenta que los actores de una acción colectiva no comparten del mismo modo y en el mismo grado las representaciones sociales que definen su pertenencia a un grupo, y que no todas las acciones colectivas emprendidas tienen como sustento una identidad colectiva; de hecho la historia está llena de acciones concertadas por grupos que no se identifican entre sí, así como de grupos fuertemente identificados que no generan acciones colectivas visibles desde fuera (Giménez 1996:17). En el caso de las identidades étnicas, la diferencia estriba en que la comunidad de la que se forma parte es el todo y el individuo tal y como lo entienden las sociedades occidentales, que puede cambiar su adscripción a voluntad, no existe. En los grupos étnicos las representaciones sociales son una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido que contribuye a la construcción de una realidad común. Forman un marco de percepción e interpretación de la realidad, como guías de comportamientos y prácticas; son, por tanto, parte importante de la identidad de un grupo. En palabras de Miguel Alberto Bartolomé (1997:44), “las representaciones colectivas aparecen así como una forma de conocimiento compartido, de saber común derivado de las interacciones sociales y orientado a fomentar la solidaridad grupal al otorgar sentidos específicos para las conductas.” Por esa razón el grupo étnico aparece a los ojos externos mucho más homogéneo que otros colectivos; “el hecho es que al plasmarse en el discurso los valores, las imágenes o las conductas, las representaciones colectivas aparecen como eventos sociales observables”. En el caso de los indios de México la construcción del sentido ha seguido caminos que tienen que ver fundamentalmente con el universo simbólico en el que los espacios que habitan, a pesar de los innegables cambios ocurridos, mantienen aun rasgos de esa unidad que era característica en tiempos de sus antepasados; y además, el largo proceso de la defensa de sus fronteras ha determinado acontecimientos en los que, a pesar de la marginación, la discriminación y otras manifestaciones de rechazo, ha tenido que prevalecer la lucha y la negociación que los ha caracterizado desde hace cinco siglos.

Si entendemos que existe una relación dialéctica entre la permanencia y el cambio en las identidades, es posible entender la necesidad de los indígenas, en un ambiente cultural de dominación, de adaptarse a la imposición de rasgos pero manteniendo una coincidencia razonable consigo mismos y en relación con sus congéneres que les permitiera una mínima estabilidad y consistencia. Así como la identidad individual se inscribe en una historia personal de vida, la identidad étnica es el resultado de un proceso histórico de configuración. En la etapa precolonial cada una de las etnias poseyó una estructura organizativa cuyas bases estaban dadas por una serie de factores, entre los cuales eran determinantes la forma como resolvían sus necesidades económicas y el grado de complejidad de sus estructuras sociopolíticas. En el área cultural mesoamericana, la situación de los distintos grupos durante el periodo previo a la conquista era de gran inestabilidad, puesto que los señoríos y las metrópolis competían y se dio el surgimiento de formaciones estatales expansivas que abarcaban a distintos grupos etnolingüísticos (Manzanilla y López 1994). Lo cual supone, como afirma Bartolomé (1997:128): “que la filiación lingüística y cultural podía ser independiente de la adscripción política, la que en ocasiones era sólo

coyuntural”. El impacto de la colonización española significó la radical transformación de las instituciones políticas, económicas, sociales y religiosas que trajo consigo un caos del que algunas poblaciones no se recuperaron jamás, y otras tardaron mucho tiempo en hacerlo. La nueva vida indígena se reconfiguró entonces alrededor de la comunidad, y “era ésta una comunidad de campesinos, ya que los colonizados fueron paulatinamente privados de la posibilidad de desarrollar una vida urbana autónoma” (Bartolomé 1997:134). En México la identidad indígena de la época colonial tuvo su asiento en las instituciones españolas que le dieron cabida, la reconocieron y delimitaron sus fronteras: el sistema de castas, las encomiendas o los repartimientos y, finalmente, el pueblo de indios. Muchos de los rasgos que fueron conformándola a lo largo del periodo colonial, y que tuvieron continuidad durante la etapa de formación del estado mexicano consistieron en una abigarrada mezcla de reconstrucciones y reelaboraciones de formas simbólicas de origen prehispánico, normas de comportamiento adquiridas en la relación asimétrica con otros actores sociales, prácticas y nociones que siguieron vigentes a través de la clandestinidad y otras que fueron aceptadas como un “mal necesario” de los indios. De esa forma, la identidad indígena, como toda identidad colectiva que presenta continuidad histórica, se mantuvo no por una rigidez en el contenido cultural que le daba coherencia, sino, como afirma Fredrik Barth (1976:41), por una permanencia de sus límites.

### **Los procesos identitarios en la península de California**

Entre los cazadores-recolectores de los territorios desérticos de Baja California también podemos aplicar las características fundamentales de identidad y territorialidad, aunque con variaciones que tienen que ver con una manera diferente en que estas poblaciones conciben el espacio. Puesto que para las bandas nómadas los asentamientos eran campamentos que constituían una especie de “base de operaciones” temporal para los recorridos de grupos bien diferenciados, es posible imaginar que ciertos elementos distintivos de los territorios que ocupaban representaban las formas de apropiación a través de las cuales se relacionaban los grupos para una mejor utilización de los espacios. A partir, no sólo del análisis ecológico de los territorios, sino de las fuentes documentales, he llegado a la conclusión de que resulta inadecuado pensar que pudieron desarrollarse territorios exclusivos. Sabemos a través de diversas fuentes que varias bandas los atravesaban o se asentaban en ellos por temporadas, lo cual denota la existencia de un complejo sistema de relaciones entre muchas bandas de la región, posible solamente a través de la participación de todas las comunidades en diversas formas tradicionales de intercambio y de apropiación simbólica. Por ello la distribución territorial que esos grupos mantuvieron -- tanto la apropiación física como la simbólica -- ha constituido hasta la fecha una de las principales dificultades para la creación de poblaciones estables. Entre los grupos sedentarios la concepción hispana de “pueblo” tomó sin grandes dificultades el lugar de las formas culturales del espacio, pero los nómadas vivieron una situación en ese sentido más compleja, pues no había ninguna relación entre la utilización del espacio que hacían los conquistadores, y la forma como las bandas hacían uso de sus territorios de recorrido; por otra parte, en los desérticos espacios del norte las misiones no fueron capaces de lograr la sedentarización de los nativos por la escasa productividad de la tierra, y el referente espacial de los aborígenes continuó hasta el final de la época misional como el que propiciaba no solamente las representaciones colectivas, sino también una cierta seguridad de subsistir.

Según Ángel Ochoa Zazueta, la marcación identitaria que realizan los indígenas bajacalifornianos hoy día conserva un fuerte componente territorial, ya que se basa en una

diferenciación entre los rieños (que habitan en la desembocadura del Río Colorado), los serranos (que habitan en las estribaciones de las Sierras de Juárez y San Pedro Mártir) y los de las mesetas. Por lo demás, todos ellos se consideran “paisanos” (Ochoa 1975:315), lo cual es muy significativo, puesto que nos indica que la conveniencia y voluntad de mantener lazos de unión va más allá de limitaciones lingüísticas cuando lo que se requiere es una identificación más abarcativa como grupos que comparten los mismos espacios.

### **Las identidades volcadas hacia el mar**

Siempre que se trata de cazadores-recolectores, suele mencionarse solamente de manera marginal la actividad pesquera como parte de las consideradas en su modo de vida. No se puede ignorar que para la región de nuestro interés, el referente marino es de primera importancia, debido a que la península de California es un territorio alargado bañado por el Océano Pacífico y el Golfo de California, de manera que sus litorales alcanzan más de 3,700 km (Flores 1998). Las poblaciones costeras han sido objeto de opiniones polarizadas con respecto al grado de evolución que puedan haber alcanzado. En general se considera que la subsistencia a través de la explotación de recursos marítimos puede ser la base de una economía más o menos estable, pero no produce los estímulos necesarios para lograr la complejización de las sociedades que la practican. Sin embargo, estudios recientes han aportado pruebas a favor de una visión más dinámica y original que supone el logro de cambios culturales que implican progresos y una complejidad creciente en sociedades que se dedican mayormente a la explotación de los vastos recursos del mar (Llagostera 1983).

Es necesario tomar en cuenta que, de acuerdo a su forma de obtener el sustento, los grupos que se especializan en los recursos marinos son difíciles de clasificar con respecto a la teoría existente sobre cazadores-recolectores. Desde el punto de vista de David Yesner (1980), existe un conjunto de rasgos que caracterizan a las poblaciones que han logrado una adaptación marítima. En primer lugar, están asociadas con una alta productividad costera, que está relacionada con una serie de fenómenos tales como los movimientos intermareales, la actividad volcánica submarina, la intensidad luminosa, etc. Huelga decir que todos estos y otros factores están presentes en los dos cuerpos de agua que rodean a la península de California, por lo que sus costas están clasificadas como altamente ricas en recursos (Bassols 1972:150-158.). Otro rasgo que distingue a las poblaciones con vocación pescadora es que tienen por lo general acceso a una diversidad de recursos, ya que las áreas costeras, prácticamente en todo el mundo, presentan un gran número y variedad de nichos ecológicos. Además, los asentamientos costeros tienden frecuentemente a localizarse donde existen recursos alimenticios migratorios. El principal efecto de esta diversidad es que durante las etapas críticas, cuando otros recursos disminuyen considerablemente, siempre existen formas alternas de subsistencia relacionadas con la explotación marina. Un ejemplo muy extendido, y que no ha sido estudiado en toda la importancia que tiene para explicar la existencia de poblaciones costeras durante toda la prehistoria de la humanidad, es el de la explotación de los moluscos, que existen como recursos altamente concentrados en todas las costas, y son fácilmente recolectables con un gasto mínimo de energía. Otro elemento que, según Yesner, obra a favor de las poblaciones marítimas es el hecho de que los ambientes marítimos, en general, guardan una mayor estabilidad que los correspondientes biomas terrestres de las mismas latitudes. La estacionalidad primaria aumenta marcadamente en las latitudes altas, mientras que los ambientes costeros, tanto de latitud alta como baja, tienden a mostrar menos diferenciación estacional. Esta condición facilita la subsistencia de las poblaciones costeras sin que tengan necesidad de acumular

y almacenar recursos. Por otro lado, la riqueza de las costas condiciona un tipo de asentamiento que puede llegar a convertirse en sedentario cuando se dan condiciones óptimas, es decir, cuando se puede echar mano de varios recursos desde un solo punto, algunos de ellos fácilmente explotables, como los moluscos, que además sirven como reservas alimenticias de emergencia.

Resulta curioso, por llamarlo de alguna manera, que mientras que, tanto las características geográficas especiales de la península -- un territorio de fuerte influencia marítima -- como los innumerables vestigios arqueológicos,<sup>1</sup> nos hablan de la existencia de poblaciones de cazadores-recolectores-pescadores con las características arriba mencionadas, en las fuentes escritas encontramos sólo de manera ocasional, alguna mención a las actividades marítimas que los nativos habitantes de ese territorio desarrollaban. Esto, consideramos, tiene su explicación en la vocación eminentemente terrestre de la cultura misional que intentó imponerse en esas tierras. Los misioneros y sus auxiliares intentaron por todos los medios concentrar a las poblaciones dispersas en centros de evangelización que eran, al mismo tiempo, centros productivos; en los que, con grandes esfuerzos, se intentó instalar una economía agrícola, por lo que prácticamente todos los recursos con los que se contaba para la producción eran de origen externo al territorio peninsular. El resultado de esta difícil labor consistió en un reducido número de establecimientos misionales en los que se hacían siembras de maíz, trigo, algunos frutales y hortalizas, pero que dependían de las escasas lluvias y que estaban casi siempre expuestos al rigor de un clima y unos suelos muy poco propicios para tales actividades. El origen mediterráneo de la tradición agrícola que se intentó implantar en la Antigua California, y que sólo tuvo un relativo éxito en los oasis del desierto bajacaliforniano, provocó en los extranjeros visiones del mundo indígena que ignoraban las exitosas estrategias adaptativas adoptadas por los nativos. Es común encontrar en los textos que relatan el proceso de aculturación opiniones sobre la cultura nativa como extremadamente pobre y sin ningún valor. Esta forma de ignorar la importancia del componente marítimo de las costumbres aborígenes se refleja claramente en los testimonios misionales, ya que, incluso reconociendo que los indios eran gente de buena presencia, grandes corredores y buenos comedores, los operarios del sistema misional no dejan de emitir juicios acerca del modo de vida cazador, recolector y pescador, que están fuertemente influenciados por sus propias representaciones del mundo. Por ejemplo, Juan Jacobo Baegert, quien dirigió una misión en una de las regiones más áridas de la península afirma:

Y los californios que buscan su sustento en el mar, (de ellos hay pocos, porque también esto tiene sus dificultades) se ven forzados a sufrir hambres negras o enfrentarse a una escasez espantosa. Tienen que buscar y devorar toda clase de inmundicias como si fuesen bocados exquisitos, y permanecer durante todo el año en involuntaria holgazanería [Baegert 1989:32].

El hecho de que los actuales habitantes de los modernos estados de Baja California y Baja California Sur sean herederos de la tradición cultural mediterránea con vocación agrícola, parece restarle importancia a la orientación marítima de sus primeros pobladores. En el análisis que realizó Homer Aschmann de la región peninsular conocida como Desierto Central, consideró que sus habitantes obtenían el sustento a partir de un 60% de alimentos de origen vegetal; un 15% de animales terrestres y un 25% de animales marinos (Aschmann 1967:103.). Estas cifras estuvieron posiblemente influenciadas, más que por evidencias de tipo ecológico, por los testimonios

---

<sup>1</sup> Existen numerosos trabajos que documentan el modo de vida costero de la península en la época prehispánica, a través del estudio de los concheros, que son acumulaciones centenarias de restos de moluscos mezclados con materiales culturales. Véase, entre otros, Téllez (1999).

misionales de los que ya hemos hecho mención. Considerando otros parámetros, resulta demasiado modesta la cifra asignada a los recursos provenientes del mar.

Si bien, como ya se había reseñado, no contamos con el testimonio directo de los indios californios de la época misional para establecer las formas culturales que adoptó su búsqueda por el sustento y que determinó la persistencia de algunos elementos identitarios, consideramos que es posible atisbar en esa compleja asociación entre el territorio como espacio vivido e imaginado y la identidad, aludiendo a las remembranzas de los reductos indígenas actuales, que aunque ya no tienen acceso al mar, siguen contando, entre las experiencias que los justifican como pueblo, con aquellos recuerdos de lo que sus ancestros vivieron. Sirva de ejemplo el testimonio de Delfina Cuero rescatado por Florence Shippek (1991:30-33):

Yo puedo recordar que cuando era muy joven, nosotros solíamos ir a buscar abulón. Ellos (los mayores) solían mostrarme cómo encontrarlos y sacarlos de las rocas. Nosotros solíamos cazar peces, conchas y otras cosas del océano.... Nosotros comíamos mucha concha....

Yo recuerdo que caminábamos por un largo camino hasta conseguir bellota. Yo conozco que fuimos a las montañas. Creo que era Cuyamaca y la laguna. Había allí muchos árboles grandes de bellota.... Había también otros lugares donde solíamos ir a conseguir la nuez del pino, a lo largo del camino de San Diego, y cerca de donde yo vivo ahora, cerca de la Rumorosa. Nosotros solíamos reunirnos con los indios de todo el territorio Kumeyaay cuando colectábamos la nuez del pino...

En abril y mayo nosotros solíamos cazar en el desierto el mezcal. Nosotros cavábamos un pozo y lo asábamos. Solíamos comer ratas, ratones, lagartijas y algunas serpientes... Nosotros los asábamos. En los viejos tiempos, la gente de abajo, cerca de San Diego, solía tomar mucha sal desde la bahía y comercializar eso con vainas de mesquite y otras cosas del desierto. Ellos solían ir muy lejos a comercializar lo que ellos necesitaban... Llevaban comida de mar seca, calabazas secas y verdes y los cambiaban por bellotas, agave y miel. Había muchas plantas buenas para jabón. Había yuca en la montaña y en el desierto.

## Referencias

Aschmann, Homer

1967 *The central desert of Baja California: demography and ecology*, Manessier Publishing, Riverside, California.

Baegert, Juan Jacobo

1989 *Noticias de la península americana de California*, Gobierno del Estado de Baja California Sur, La Paz.

Barth, Fredrik

1976 *Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de las diferencias culturales*, Fondo de Cultura Económica, México.

Bartolomé, Miguel Alberto

1997 *Gente de costumbre y gente de razón: las identidades étnicas en México*, Siglo XXI Editores, México.

Bassols Batalla, Ángel

1972 *El noroeste de México: un estudio geográfico económico*, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Durkheim, Emile  
2000 *Las formas elementales de la vida religiosa*, Colofón, México.
- Flores, Emigdio Z.  
1998 *Geosudcalifornia: geografía, agua y ciclones*, Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.
- Giménez, Gilberto  
1996 “La identidad social o el retorno del sujeto en sociología”, en *III Coloquio Paul Kirchoff: Identidad: análisis y teoría*, Leticia Irene Méndez y Mercado, eds., p. 11-24, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Llagostera Martínez, Agustín  
1983 *Formaciones pesqueras prehispánicas en la costa del Desierto de Atacama*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- Manzanilla Linda y Leonardo López Luján (eds.)  
1994 *Historia antigua de México*, 3 vols, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Martínez Alier, Juan  
1993 “Temas de historia económico-ecológica”, en *Historia y Ecología*, Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, eds., Asociación de Historia Contemporánea, Madrid.
- Ochoa Zazueta, Jesús Ángel  
1975 “La identidad étnica en los grupos indígenas de Baja California”, en *Las fronteras de Mesoamérica*, p. 315-325, Sociedad Mexicana de Antropología, México.
- Shipek, Florence C.  
1991 *Delfina Cuero: her autobiography, an account of her last years and ethnobotanical contributions*, Ballena Press, Menlo Park, California.
- Téllez Duarte, Miguel Agustín  
1999 “Los concheros de Baja California y sus perspectivas de investigación”, en *Antología de la arqueología de Baja California*, Julia Bendímez Patterson, ed., pp. 10-13, Centro INAH Baja California, Mexicali.
- Yesner, David  
1980 “Maritime hunter-gatherers: ecology and prehistory”, *Current Anthropology* 21(6):727-750.